

# LA CIUDAD DE LOS ARTISTAS

POR  
MANUEL DIEZ CRESPO

HE aquí una pequeña ciudad, en el centro de Sevilla: he aquí la llamada «Casa de los artistas», en el barrio de San Juan de la Palma, y frente a la popular iglesia de este nombre. Una pequeña ciudad, y seguramente la pequeña ciudad más interesante de España. En ella, sólo hay estudios de artistas, tiendas íntimas de anticuarios, una fábrica de típicos muebles sevillanos y hasta una academia de baile: la de Pericet; famoso maestro, por cuyo salón han pasado «niñas» que un día llegaron a ser famosas.

Nada turba el silencio blanco de la «Casa de los artistas», sino ese rumor de crócalos, que cuando son primerizos, ponen un tableteo parejo al de locas zancudas, en una confusión de picos y aletazos. Mas cuando la castañuela es sabia, es como un abanico invisible, cuyo rumor pone al viento febriles y dulces armonías.

La «Casa de los artistas», fué antaño, mansión espléndida del Conde de Benamejí. Hoy es propiedad del Conde de las Torres de Sánchez-Dalp, prócer sevillano. En esta casa conviven los mejores artistas de Sevilla. Por las mañanas, podemos ver en sus estudios a Santiago Martínez, a Alfonso Grosso, a Cantarero, a Juan Miguel Sánchez, al Marqués de Aracena... Por allí anda también, el que fué creador del grupo «altruista» en Sevilla, Isaac del Vando; éste, tiene ahora, entre estos bellos patios, un estudio con las más curiosas antigüedades; colega suyo en este mismo lugar es el anticuario Espinosa, y no olvidemos ese trozo de fabricación de muebles sevillanos, famoso por su especialidad tan sencilla como expresiva.

En esta Casa, en su recinto total, hay calles y viviendas de modestos artesanos también. Yo conocí a uno de éstos, hace unos años, que me llevó a su casita. Allí tenía, una pequeña carpintería,

de la cual era maestro. Pero él no me llevó a ver virutas ni especialidades de su noble oficio, sino para mostrarme la mejor «afición» a claveles y a canarios. Recuerdo esto con verdadero asombro. El «maestro», puso ante mis ojos unos tientos de claveles rojos que estallaban como si fueran de fuego y despedían un fuerte olor a canela y a clavo. También vi, y escuché, sus «flautas», como bolas de oro.

¿Qué más, pues, puede haber en una casa llamada de los artistas? Si algo queda, podía ser la intimidad y la buena acogida. Pero esto, no falta tampoco. Podéis visitar cuando queráis a estos artistas, a estos vendedores. Entre sus lienzos o sus piezas antiguas; entre sus virutas o entre sus pájaros, os brindarán siempre su amistad. En la «Casa de los artistas», como corona triunfal de todas estas cosas, se celebra de manera tradicional, una reunión todos los domingos de Ramos a mediodía, como preludeo de la salida del hermoso «paso», de una de las más bellas vírgenes sevillanas: la de la Amargura. En esta reunión primaveral y solemne, se cantan las primeras «saetas» de la Semana Santa y se «chatea», entre lágrimas de alegría, y un lejano olor a cera y azahares. Un poco más entrada la primavera, en el estudio de Pericet, comienzan a revolotear las primeras faldas de lunares, como ensayo para la Feria de Abril.

He aquí un compendio de ciudad, quizá el más bello y ejemplar de la gran urbe sevillana, en esta «Casa de los artistas». Digamos además que su arquitectura es primorosa. La Casa, propiamente dicha, es de un mudéjar combinado con motivos del Renacimiento. El recinto total, pertenece a la más típica arquitectura sevillana. Su ambiente al espíritu de la mejor Sevilla responde: orden, gracia; equilibrio inefable entre el ritmo, los colores, el olor y la luz...

Arquería del bellissimo patio, mudéjar y Renacimiento.



Aspecto del patio en que se advierte su fino sabor popular.



Alfonso Grosso, gran pintor, baja de su estudio.



El ilustre artista Santiago Martínez, en su labor.